

IN MEMORIAM

Nikolaus Lobkowitz

(Praga, 1931-Starnberg 2019)



Fotografia cedida por Nawojka Lobkowicz

In memoriam
Nikolaus Lobkowicz
(Praga, 1931-Starnberg 2019)

HENNING OTTMANN

Emeritus Ludwig-Maximilians-Universität München
Geschwister-Scholl-Institut
Lehrstuhl für Politische Theorie und Philosophie
80539 München (Alemania)
henning.ottmann@yahoo.de

La familia Lobkowicz pertenecía a la nobleza bohemia. Después de la toma del poder comunista en Checoslovaquia, en 1948 emigró a Suiza. Estudió filosofía en las universidades de Friburgo y Erlangen. En 1958 recibió su doctorado en filosofía y hasta 1960 fue asistente en el Institut de l'Europe Orientale de la Universidad de Friburgo / Suiza. De 1960 a 1967 fue profesor de filosofía en la Universidad de Notre Dame en Indiana (EE.UU.). En 1967 aceptó un nombramiento para la Cátedra de Teoría y Filosofía Política de la Universidad Ludwig Maximilians de Munich. De 1970 a 1971 fue Decano de la Facultad I, entre 1971 a 1976 *rector magnificus* y finalmente de 1976 a 1982 Rector de LMU Munich. De 1984 a 1996, Lobkowicz fue presidente de la Universidad Católica de Eichstätt, pero mantuvo la cátedra en Munich en paralelo hasta 1990. Desde 1984 fue miembro del Consejo de la Federación Internacional de Universidades Católicas. De 1994 a 2011 también fue director del Instituto Central de Estudios de Europa Central y del Este (ZIMOS).

Lobkowitz fue miembro fundador y vicepresidente en 1990 y se convirtió en presidente honorario de la Academia Europea de Ciencias y Artes en Salzburgo en 2012. De 1982 a 1993 fue miembro de la junta asesora internacional del Pontificio Consejo para la Cultura en Roma. Fue miembro de la junta asesora científica del Instituto Maecenata de Filantropía y Sociedad Civil de la Universidad Humboldt de Berlín.

Pero para mí fue sobre todo mi maestro, un maestro que cualquiera hubiera deseado para sí. Ya en nuestro primer encuentro tuve la impresión de que con él se podía hablar de un modo franco y libre. No desprendía el modo de conducirse diplomático que existía entonces entre los profesores ordinarios y los estudiantes más jóvenes. Más bien uno tenía el sentimiento de que lo que uno tuviera que decir sería bien acogido por él. Cuando se le criticaba, no se sentía herido; más bien al contrario, parecía alegrarse. A su lado se respiraba el aliento de la libertad y siempre le estaré agradecido por ello.

Por su parte, él mismo no prescindía de la crítica; sin embargo, esas críticas llegaban generalmente en un tono bajo y en forma de pregunta. Cuando su asistente Herbert Scheit y yo nos interesamos por el racionalismo de los popperianos, nos preguntaba: ¿piensan ustedes que eso basta? Cuando yo experimentaba una intempestiva afición por Nietzsche, llegaba la silenciosa pregunta: ¿es necesario? Desde luego a mis ojos sí, pero en cualquier caso nos entendimos. La magnanimidad respecto de las opiniones de los demás no hubiera sido posible para Lobkowitz sin su fe. A él se le concedió la gracia de no haber dudado nunca de la fe de sus padres, a pesar de ser filósofo y de considerar que la profesión de los filósofos consiste en gran medida en exponerse a la duda. Era filósofo y quería serlo. Esto lo muestran bien sus memorias que han aparecido justamente este año. El quería, de todas formas, ser un filósofo cristiano. Entre fe y razón no tiene por qué haber ningún desacuerdo. Él seguía la máxima de Anselmo de Canterbury: *fides quaerens intellectum*. Nada explicaba él con más gozo que las *quinque viae*, las cinco vías para mostrar la existencia de Dios de Tomás de Aquino; aunque bien sabía que no funcionaban tan bien y que, en su deficiencia, apuntaban ya a la necesidad de la revelación. Sea como fuere, en la seguridad de su fe

Lobkowitz era envidiable. Él vivió según esa fe y ella hizo posible su magnanimidad en las cuestiones espirituales e intelectuales.

Nikolaus Lobkowitz dejó a cada uno la libertad de tomar su propio camino. Esto no implicaba ni indiferencia ni negligencia por su parte. Cuando se le necesitaba, allí estaba dispuesto a una larga conversación o a una carta, incluso cuando estuvo en el rectorado de la universidad. No había necesidad de decir muchas cosas explícitamente. Sabías que podías confiar en él. Con él experimentabas un sentimiento de benevolencia incuestionable, y qué más podrías desear.

Nikolaus Lobkowitz conocía bien a Marx y el marxismo, y su multilingüismo lo ayudó en esta investigación. Pero el estudio del marxismo fue, por así decirlo, solo la parte obligatoria de su carrera. A lo que dedicó sus energías más libres fueron Aristóteles, Tomás de Aquino y la filosofía analítica de la que fue uno de los primeros en reintroducir en Alemania. Entre los teólogos, valoraba particularmente a aquellos que tenían un talante estético, como es el caso de Romano Guardini o Urs von Balthasar. Siempre tenía hambre de algo nuevo. En el seminario doctoral discutió menos las tesis doctorales que se estaban elaborando que las nuevas publicaciones filosóficas, como, por ejemplo, la filosofía de John Rawls. Ciertamente él fue el primero en Alemania en discutir sobre este filósofo, que ahora ha hecho una carrera en todo el mundo. Los asistentes de otros colegas estuvieron felices de asistir a este seminario. Entre ellos estaban Eike von Savigny, Norbert Hörster, Otfried Höffe.

Nikolaus Lobkowitz nos falta: el filósofo, la persona, el cristiano. Pensé durante mucho tiempo, ¿qué habría querido que dijera en esta ocasión? Me lo pongo fácil y cito la traducción de uno de los poemas de Jan Zaradnizek, uno de los que considero lingüísticamente más bello. Zaradnizek fue encarcelado por los comunistas durante nueve años. No había nada de que culparlo, excepto de que seguía siendo católico. El poema de Zaradnizek “Visita” concluye con las siguientes palabras:

Todavía escucho hoy
la voz de la madre, cómo me llama

desde la profundidad del jardín entre ortigas y bardanas,
que recogimos juntos en esa fragante ducha de primavera.
El otro día. Todavía el Jueves Santo por la noche.
Incluso antes de que sucediera esa cosa terrible
Serán pronto dos milenios.
Todavía puedo escuchar esa voz.
Es el sonido de Pascua de todas las iglesias del mundo.
Oh corazón perforado que aún late
Es tu voz.
Ven, Señor
De prisionero a prisionero.
Mi corazón está abierto de par en par.
Finalmente¹.

Este texto fue redactado por el Prof. Dr. Henning Ottmann como homenaje a Lobkowitz.

Traducción: Montserrat Herrero (Universidad de Navarra).

1. Jan Zaradnicek, "El prisionero de Dios. Poema 1945/1960", traducido e introducido por Nikolaus Lobkowitz, Würzburg 1984. Tomado de Nikolaus Lobkowitz, *Philosophische Memoiren. Erinnerungen an die Philosophie* (Eos Verlag, St. Ottilien, 2019).